

Excavación y magnetismo: *El color que cayó del cielo* de Sergio Wolf,

por Beatriz Urraca*



El documental, en manos de Sergio Wolf, puede convertirse fácilmente en un policial, en una película de viajes o aventuras, en una investigación científica o antropológica, o en todas esas cosas a la vez. Pero el cine cuenta historias, y con solo dos películas en su haber, Wolf ha demostrado ser por encima de todo un maestro de la técnica narrativa que aprovecha de los géneros todo aquello que realce cada momento del relato. Partiendo de asuntos en apariencia sencillos –una cantante de tango, un meteorito– las películas del crítico y ex-director del BAFICI toman rumbos inesperados, establecen conexiones imprevistas, y no defraudan en el terreno del entretenimiento, la sorpresa y el suspense.

En *Yo no sé qué me han hecho tus ojos*, co-dirigida con Lorena Muñoz en 2003, Wolf indaga, disfrazado de detective, el paradero de la cantante de tango Ada Falcón. Aludiendo al giro subjetivo que empezó a marcar el documental

latinoamericano en los años 90, el director-personaje acapara el centro de la película mientras rastrea la biografía borrada de una mujer que no se puede recordar a sí misma. La cuestión de si encontrará o no a la artista queda en segundo plano con respecto al proceso de la búsqueda y a la figura del que busca. Resuelto y decidido, Wolf abre puertas mucho tiempo cerradas, consigue materiales que se creían inexistentes o destruidos, se introduce donde no siempre es bienvenido y averigua lo que no siempre se desea saber.



En *El color que cayó del cielo* (2014), Wolf altera ligeramente la hoja de ruta: filma en color, reduce su propia presencia ante la cámara y pretende enfatizar más la hazaña y el mito que la pesquisa. Pero las películas, como los libros, tienen su propia vida. Estrenada en el BAFICI fuera de competencia, *El color* cautivó a un público que, en el diálogo con el director después de la película, insistía en que esta investigación sobre un meteorito que cayó hace 4000 años en el Chaco argentino era otra crónica de una búsqueda, otro policial con sus buenos y sus malos, y no exactamente la película de aventuras que Wolf afirmaba haberse propuesto. Pero ¿para qué clasificarla? Precisamente lo que *El color* comparte con *Yo no sé qué me han hecho tus ojos* es también lo que

constituye el mayor logro de esta segunda película de Wolf. A través de la experta combinación de una gran variedad de materiales de archivo con testimonios y reflexiones personales, se elabora una historia cuyos personajes cautivan mucho más que el pedazo de hierro de 37 toneladas que cayó del cielo. El título, por cierto, procede de la versión en castellano de “The Colour Out of Space” (1927), el cuento de H.P. Lovecraft de donde se toman, además del meteorito, la misteriosa ambientación selvática, el interés científico y la figura del topógrafo –ahora transformado en cineasta– dispuesto a escarbar en los orígenes de la leyenda y en los efectos del llamado Mesón de Hierro en aquellos que han tenido contacto con él.



La película se inicia con una especie de prólogo que casi podría funcionar como un corto independiente. Aquí se establecen, a través de una serie de textos breves y semi-literarios leídos por la voz en off, el tema y la motivación del director para investigar los orígenes del meteorito a través de leyendas indígenas y crónicas de la colonia española. Esta parte narra el viaje de Wolf al Chaco para explorar el Campo del Cielo, intercalando fragmentos de un documental titulado *La nación oculta en el meteorito*, realizado en 2010 por un

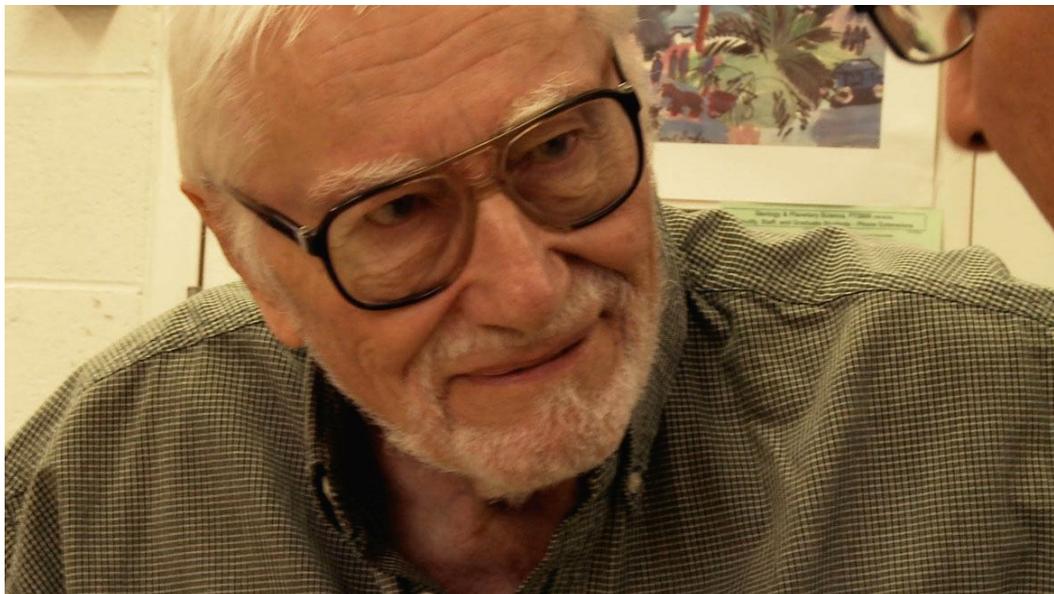
colectivo mocoví. A través de estas “citas fílmicas”, así como de entrevistas con los realizadores y habitantes de la zona, se privilegian las voces indígenas y locales en el relato de la leyenda. Wolf aparece en un par de ocasiones casi de refilón, al margen de la pantalla, ayudando a cavar un agujero o a empujar una vieja avioneta –labores que claramente podrían haberse realizado sin su asistencia– afirmando su presencia como excavador que desentierra mitos antiguos y como motor que impulsa la rememoración de episodios casi olvidados. Tirando de la lengua a los lugareños –un policía incorruptible, un maestro de escuela, un viejo español– Wolf va profundizando en una historia fascinante.



Pero el campo magnético del Mesón de Hierro se extiende mucho más allá del Chaco, de la belleza de sus paisajes, de sus pueblos abandonados, de la inmensidad de sus cielos –con su gran variedad de colores– y de la extensión de sus carreteras solitarias. La búsqueda transporta a Wolf y su equipo por un periplo triangular que incluye Pensilvania y Arizona. Ahí encontrará el argumento central de la película: la polarización entre William Cassidy, un

profesor jubilado de la Universidad de Pittsburgh que estudió el meteorito en

los años 60, y Robert Haag, el desaprensivo cazador de meteoritos radicado en Tucson que casi consiguió robárselo en los 90. El profesor es entrevistado en su archivo de Pittsburgh, de donde extrae y desempolva películas que filmó y ni siquiera se molestó en ver, cuadernos y fotografías guardados en un depósito por décadas y que ahora comparte generosamente con Wolf. Las escenas de un nostálgico Cassidy reviviendo las excavaciones de su juventud en Campo del Cielo conforman un bello homenaje a la búsqueda altruista del saber y a la difusión desinteresada de los conocimientos científicos. Las viejas fotografías le devuelven la vitalidad por momentos a un Cassidy todavía tan encandilado con el meteorito argentino como lo está el cineasta que lo entrevista. Pero en la velada admiración que transmiten estas partes de la película se deja entrever también el tono melancólico que lamenta la inutilidad y la intrascendencia de todos aquellos esfuerzos relegados al olvido.



El polo negativo de este magnetismo lo constituye el cazador de meteoritos. El equipo de filmación se traslada a su extravagante mansión de Tucson para mostrarnos la especie de *bat* cueva donde Haag atesora su colección de minerales caídos del cielo. El mercader que a todo le pone precio no oculta su

entusiasmo por el protagonismo. Gesticulador y ruidoso, en manos de otro montajista menos hábil este *showman* podría haber acaparado la película entera. ¿Qué cuadernos polvorientos pueden competir con su arresto y eventual evasión de la justicia por intentar llevarse a Estados Unidos un mineral de 37 toneladas? “I love Argentina”, exclama Haag, como si aquella hazaña – imposible e impensable para Cassidy– lo hubiera convertido en héroe, no en villano, de una narración que roza lo real maravilloso. El espectador se deja seducir por “el malo” de la película, el embaucador que zafó de un delito de enorme envergadura, el verdadero “peso pesado” del film. Pero aplaude también al humilde policía rural que, al no aceptar la coima, consiguió retener el meteorito en la Argentina. El juicio positivo o negativo sobre los dos personajes no proviene del narrador, que se mantiene al margen dejando que Cassidy transmita su incomodidad con respecto a Haag, y que el charlatán demuestre su admiración por el viejo profesor.

Lo que parece fijarse más que nada en la memoria de esta película es precisamente lo que no está incluido: el video que Haag le mostró a Wolf pero no le permitió usar, la pileta del Hotel Mocoví –donde Haag esperó su juicio en lugar de ir a la cárcel– cuya existencia niegan los dueños pero no le permitieron comprobarlo. Entre la riqueza de materiales que sí se incluyen, lo que más brilla son las ausencias que nos remiten –una vez más– a aquel Wolf detectivesco de *Yo no sé qué me han hecho tus ojos* tratando inútilmente de salvar los obstáculos burocráticos de la filmoteca para obtener materiales sobre Ada Falcón.

**Fotos cortesía de Sergio Wolf.*

* Beatriz Urraca (PhD, University of Michigan, 1993) es Profesora de español y Directora del Programa de Género y Estudios de la Mujer en Widener University (Chester, Pensilvania). Con Gary M. Kramer, es co-editora del libro *Directory of World Cinema: Argentina* (Bristol: Intellect, 2014). Email: burraca@widener.edu